

La madriguera. Revista de cine (Ediciones de intervención cultural S.L.)

Título:
Retablo del amor y de la muerte

Autor/es:
Mochi, Víctor

Citar como:
Mochi, V. (1999). Retablo del amor y de la muerte. La madriguera. (17):63-64.

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/41764>

Copyright:
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La inclusión de este artículo en el repositorio se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



capitán promete mencionarle en su informe. El sargento rechaza secamente todo tipo de honores. "Es una cuestión de propiedad", dice: era uno de sus hombres. En la secuencia inmediatamente posterior, el capitán se niega a obedecer la orden de atacar frontalmente la colina. Cuando luego discute con el coronel argumenta escuetamente: "No me gusta que maten a mis hombres". Ha aprendido la lección. El coronel, por el contrario, engeguado por la ambición del ascenso, sumido en una perversa confusión de medios y fines, es incapaz de aprenderla. Cuando se despide del capitán lo hace con esta frase: "No me dé la razón: eso se da por supuesto". Una sola línea de diálogo condensa toda la crítica al ejército como institución, toda su deshumanización ♦

Notas:

1. Para reconstruir la actividad de Malick en los últimos veinte años resulta indispensable el artículo de Michel Ciment: "L'absence de Malick", en *Positif* nº 446, abril de 1998, págs. 52-58, de donde procede la información resumida en párrafos precedentes.
2. A propósito de las diferencias entre la novela y la película, véase Michael Henry: "Rêveries d'un cinéaste solitaire", en *Positif* nº 457, marzo de 1999, págs. 6-10.
3. Erwan Higuinen: "Les racines du mal", en *Cahiers du cinéma* nº 533, marzo de 1999, pág. 65.
4. Acerca de los problemas de la representación de la violencia en el cine conviene leer el interesantísimo ensayo de Oliver Mongin: *Violencia y cine contemporáneo. Ensayo sobre ética e imagen*. Paidós, Barcelona, 1999.

Retablo del amor y de la muerte

Victor Mochi

Celebrity

Woody Allen

EEUU, 1999

*"Ahora proyectan una de Woody Allen.
Ya sabes, los problemas cotidianos
de unos burgueses que se buscan
a sí mismos en el gran caos urbano
y las grandes preguntas sin respuesta:
¿de dónde vengo? ¿a dónde voy?
¿puede vivirse bien con un solo sueldo?
¿es pecado morderse las uñas en vigilia?"*

Fumar en Sarajevo (José Bonilla, 1994)

Ir al cine a ver la última película de Woody Allen es como acudir a esa cita anual de amigos de toda la vida: pasas un buen rato, pero queda poco lugar para la sorpresa.

La actitud de los espectadores al acabar la proyección es también sintomática de un fin de fiesta familiar. Los incondicionales, que son legión, apuran hasta el final los créditos, acompañados de la consabida música melódica de los grandes clásicos americanos de los 50; no faltan quienes, divertidos, comentan los mejores gags o la acerada y fina ironía de

Woody, ni los que ven algo de vacuidad en las casi dos horas que dura el film. En cualquier caso, creo que muchos han lamentado la decisión de ir a ver la película subtitulada, porque la densidad de diálogos es tal (a veces incluso hablan cuatro actores simultáneamente), que apenas queda tiempo para mirar a los actores. Intentaré, por mi parte, ofrecer una (otra) visión de lo que me ha sugerido *Celebrity*.

Tras la sobriedad bergmaniana de los títulos de crédito, Allen nos introduce en una muy lúcida reflexión sobre la fama presentándonos a los que nosotros hacemos famosos. Lee Simon, escritor frustrado interpretado por Kenneth Branagh, sirve de guía para ofrecernos toda una galería de fatuos que son asediados por fans cuya ilusión máxima en la vida es seguir a los que, por el sólo hecho de aparecer en la tele, se convierten en carne de adoración, y entre ellos a un telepredicador.

Así, para quienes éramos jóvenes cristianos a finales de los 60, no deja de resultar sorprendente y graciosísimo ver a una monja entonando aquel "Cumbaya" que tantas veces cantamos acompañados de las por entonces revolucionarias guitarras que habían sido recientemente introducidas en la ceremonia de la misa. Por otro lado, Woody también nos hace reflexionar sobre el caso de un secuestrado que, muy a su pesar, se convierte en famoso, y en una breve escena, una típica



abuela se encarga de poner en evidencia todo el ridículo del hecho de que este hombre se convierta en noticia diaria.

La película, en fin, va desgranando estos y otros casos que refuerzan lo que a mi parecer serían las dos ideas básicas expresadas aquí por el autor. Primero, que la televisión crea falsos ídolos en un engañoso juego que torna en importante lo que en realidad es absolutamente banal. Y segundo, que la suerte, sólo eso, tener suerte, es algo decisivo en el amor y, por lo tanto, en nuestra vida. En este último punto quizá resulte pertinente recordar que en alguna entrevista ha insistido en la suerte de la que él disfruta por el hecho de estar en una sociedad que valora la risa: "Entre los cheyennes —dice Allen— estaría en paro, y si hubiese nacido en Varsovia estaría convertido en pantalla de lámpara".

Todo este ingenioso caudal de opiniones lo va plasmando apoyándose en un reparto impecable, pues su prestigio le permite disponer de grandes actores y actrices —incluso para papeles secundarios— que acceden a trabajar con él cobrando sa-

larios muy por debajo de su cotización habitual, pero lo que creo que a todos nos ha sorprendido es que Kenneth Branagh parezca interpretar más a Woody Allen que a su personaje de Lee Simon: ¿por qué, pues, no se ha interpretado Allen a sí mismo? Quizá le dio miedo que resultase poco creíble que un hombre de su edad enamorara a Winona Ryder o a la despampanante modelo que aparece en la primera parte del film, pero, en cualquier caso, vemos a Branagh con poca autonomía interpretativa.

En cuanto a la fotografía, el fichaje de Sven Nykvist sigue dando magníficos resultados. El que fuera director de fotografía de Bergman sigue consiguiendo planos bellísimos: verbigracia el encuentro de Branagh con Winona Ryder a la salida del metro. La filmación en blanco y negro da mucha fuerza a las distintas situaciones, recordándonos las mejores escenas de *Manhattan*. Además, Woody se parodia a sí mismo (apelando a la complicidad del espectador mediante un recurso ya habitual en él) y hace que uno de los personajes cite a un director al que tacha de pedante por filmar en blanco y negro.

Por todo ello, a mi juicio, *Celebrity* es una película que demuestra la pertinencia aún del concepto de "cine de autor", pues Allen habrá hecho con ella nuevos adeptos, habrá dejado otros por el camino; pero sigue mostrándonos incansablemente sus preocupaciones personales con una gran inteligencia y un enorme senti-

do del humor.

Precisamente por esto, no se ha resistido a hacer un guiño ácido sobre el caso que más ha preocupado a los norteamericanos, y divertido a medio mundo, en los últimos tiempos: el "caso Lewinsky". Personalmente me gustaría que lo único que quedase para la posteridad sobre la dichosa historia fuera la escena que gira alrededor de un didáctico plátano, pues se trata de toda una declaración de lo que Woody Allen opina al respecto, junto con las protestas de fidelidad "de cuello para abajo" que aduce el personaje interpretado por Melanie Griffith.

Y, para acabar, recuerden: no salgan de casa sin Echinacea purpurea, o como diablos se llame el milagroso medicamento ése que, por lo visto, resulta idóneo para atajar los resfriados, pues, en caso contrario, según ha dejado bien claro Woody Allen en su última película, puede que cualquier previsor y hercúleo jugador de baloncesto que no haya cometido tal imprudencia les birle en un tris tras la constipada chica de sus sueños ♦